

Ser 'influencer' o ser buena influencia

Si Hamlet viviera hoy quizás no se preguntaría sobre la vida y la muerte, sino sobre algo más cotidiano: ser *influencer* o ser una buena influencia. Vivimos en una época en la que muchos jóvenes sueñan con ser *influencers*. En parte es comprensible e incluso estimulante: tener la capacidad de influir en opiniones, decisiones o comportamientos de los demás puede resultar muy atractivo. Soñar con tener repercusión no es el problema; lo que importa es no perder de vista dos preguntas esenciales: ¿qué estoy dispuesto a hacer para conseguirlo? ¿Y qué impacto quiero generar?

El espejismo de la visibilidad a menudo pesa más que el valor de lo que se comparte. Esto puede llevar a confundir éxito con aprobación externa, a la pérdida de autenticidad ya depender de un algoritmo para sentirse validado, con riesgo de agotamiento emocional.

No es suficiente con ser un buen 'influencer': la verdadera fuerza radica en convertirse en una buena influencia "

Aquí es donde la educación emocional es imprescindible. Desarrollar competencias como la conciencia, la regulación emocional, la empatía, el pensamiento crítico o la resiliencia no sólo nos ayuda a crecer personalmente, sino que nos permite decidir qué tipo de influencia queremos ejercer. Sin estas habilidades es fácil acabar publicando por inercia, priorizando *likes* por encima del valor del mensaje.

Personas referentes

No es suficiente con ser un buen *influencer*: la verdadera fuerza radica en convertirse en una buena influencia, y esto sólo es posible si ponemos la dimensión humana y el bien común en el centro de nuestro impacto. La diferencia es abismal: podemos limitarnos a entretener unos instantes, o bien contribuir a que alguien transforme la forma en que se mira a sí mismo, cómo se relaciona con los demás e incluso con el mundo.

Está claro que no se trata de generalizar: se puede ser un buen *influencer* y, al mismo tiempo, una buena influencia. La evidencia la tenemos en las personas referentes que hoy nos inspiran y promueven cambios positivos a través de las redes.

La cuestión no sería, pues, desanimar a los jóvenes a soñar con ser *influencers*, sino acompañarles para que descubran que su valor no depende de un algoritmo, sino de su capacidad de aportar algo "

La cuestión no sería, pues, desanimar a los jóvenes a soñar con ser *influencers*, sino acompañarles para que descubran que su valor no depende de un algoritmo, sino de su capacidad de aportar algo genuino y valioso al

mundo. Y éste es un proceso que requiere un trabajo interior de autoconocimiento, paciencia y constancia.

La tecnología cambia a un ritmo vertiginoso. Por eso es urgente ayudar a niños y jóvenes a construir su propia brújula, hecha de valores sólidos como la autenticidad, la responsabilidad, la humildad o la solidaridad. Cuando la tentación del *like* se haga fuerte, esta brújula les recordará que un buen *influencer* puede ser una inspiración pasajera, pero una buena influencia puede transformarte de por vida.